

PEQUEÑA DISGRESIÓN SOBRE EL PODER Y EL RESENTIMIENTO

Luis Alberto Ayala Blanco

El poder es fuerza, capacidad, mando, actualización de las potencias; explosión inocente de un querer que no teme querer; es decir, ausencia de culpa puesto que no existe ninguna instancia trascendente que emita un juicio universal sobre el bien y el mal: simplemente magnitudes de fuerzas que se erigen como índice diferencial de los seres.

El poder no descansa sobre ningún tipo de categoría estable, y en ello radica su fuerza. Por lo tanto —como señala E. Junger— no es nada que se pueda conquistar, o algo a lo cual se llegue, participa, más bien, del contorno difuso de lo “elemental” (Presocráticos).

El poder no existe hasta que se ejerce (Clastres). Es entonces que se presenta como pura afirmación; afirmación de lo que es y de lo que puede ser a la vez que negación de la negatividad, o dicho con otras palabras: “afirmatividad trágica” (Nietzsche). Su correlato es la ética, pero más bien una ética-estética, que más que responder a una normatividad delimitativa de la acción, responde a una creación lúdica de las posibilidades, a una articulación de lo imponderable tan arbitraria como una obra de arte. Es un paso del querer al poder (Savater), y del poder seguir queriendo. Imposible continuar pactando con el lamento ensordecedor de la impotencia de los pusilánimes.

El poder no puede ser un mecanismo encargado de erosionar la fuerza del “señorío”, de aquellos que quieren y pueden querer. No obstante, la variante de los impotentes es una de las tantas posibilidades que alberga

el ejercicio del poder (su posibilidad negativa). Es innegable su realidad, pero también es innegable su esfuerzo denodado por asumir el papel de fuerza que niega la fuerza desde el resentimiento. Por paradójico que parezca, el resorte que la activa no es el placer de la acción, sino la agrura de su impotencia.

Heidegger señala el carácter terreno y temporal del Ser (*Dasein*: ser-ahí), y su posibilidad ontológica como correspondencia con lo ente; que no es otra cosa que la identidad en la diferencia (El Ser se descubre encubriéndose en lo ente). Diferencia que se había dejado en un inveterado olvido. Es decir, cuando Platón se pregunta ¿qué es el Ser?, responde con otra cosa, con las Ideas; y las resguarda del mal y la contingencia en un más allá, las trascendentaliza. Este es el principio del fin del poder como campo de lo posible (Sofistas); y lo posible es precisamente la indeterminación de lo que está por advenir. Heidegger, al terrenizar la ontología con el simple recuerdo de la diferencia, logra establecer las reglas de un juego de poder que no necesita la legitimación de un orden absoluto y preestablecido. Desde esta perspectiva, la pragmática-trascendental (paso del “yo debo” al “yo argumento”) esgrimida por Habermas y Apel, a pesar de pretender argumentar desde un “más-aca”, acaba estableciéndose en el “más-allá” de una buena voluntad resentida. No hacen otra cosa que sumarse al grito de la impotencia. El proceso dialógico de interacción subjetiva que, según ellos, culmina en un asentimiento consensual, no es sino una quimera de mal gusto. Funciona más como astringente de la voluntad de poder que como mecanismo conciliador de las distintas voluntades. La diversidad, lo aleatorio de todo encuentro intersubjetivo, la posibilidad de apelar a una naturaleza común a todos los hombres, aunado a la inadecuación real entre el significado y el significante de todo proceso comunicativo, desemboca en un simple acuerdo de malentendidos (sin tomar en cuenta no la inadecuación, sino la inexistencia del “significado”, que no es más que la coartada que necesita el juego en el vacío de los “significantes” para proyectar un poco de estabilidad: Derrida). En el mejor de los casos, la acción comunicativa juega el papel de “tara” emancipadora, jamás de transparencia comunicativa. La única comunicación es la de la fuerza en su doble “afectabilidad”: como fuerza que

afecta otras fuerzas y como fuerza afectada. Así, la voluntad de poder se impone no como reacción a... sino como sobreabundancia de... la vida: es lo que se llama Poder-Dominio. Esto representa una imprecisión para aquellos que pretenden diferenciarlos. Para Eugenio Trías, por ejemplo, el poder es lo esencial de cada ser; aquello que lo hace ser lo que es. Consta de una "virtud productiva" (permite que lo que es y no existe llegue a existencia) y una "virtud perfeccionadora" (que lo que ya existe se adecue a su esencia). Mientras que, por el contrario, el dominio es pura impotencia. Trías articula una fórmula curiosa: a mayor poder menor dominio. Aquel que es realmente poderoso no necesita demostrarlo, es decir, no necesita ejercer su poder, es pura esencia adecuada consigo misma. Esto muestra que la sola figura del poderoso augura la anagnórisis de los demás. Y eso estaría bien si todos participaran de una cierta inteligencia que en realidad no poseen. Realmente son pocos los que son capaces de mantener un reconocimiento jerárquico o diferencial (aun para obedecer hay que ser inteligente). Finalmente, la estupidez impera, y como bien dice Lichtemberg, no hay nada peor que los estúpidos entusiastas. Siendo así que, dentro de la más fiel tradición hegeliana, el reconocimiento es válido solamnete entre iguales. Pero como la igualdad es una equivalencia de fantasías y siempre existen unos más iguales que otros (que además no están dispuestos a reconocer a nadie que no sean ellos mismos), el reconocimiento deja de tener importancia. De hecho, es una práctica de aquellos que padecen orfandad ontológica, ya que son incapaces de disfrutar el juego de su propia fuerza si no es bajo la prudente mirada de los demás. El poderoso se ejercita en el despliegue de su "Poder-Dominio" sobre sí mismo y sobre su entorno objetal y humano, sin preocuparse por el reconocimiento de los otros. La igualdad, el consenso, la buena voluntad, los derechos naturales y las llamadas virtudes cívicas y sociales, como mecanismos entrópicos del impulso vital, no son sino caretas de seres umbríos que se pudren en su propia impotencia. Por ello es importante dejar en claro la diferencia entre el "Poder-Dominio" (realización del querer mediante el despliegue lúdico de la fuerza, sin importar la afectabilidad del entorno, y sí, en cambio, gozando la simplicidad de la "afirmación") del "Resentimiento" (inversión del poder que se alimenta de su propia impo-

tencia, y cuyo fin radica en igualar a todos en una misma condición mediocre). Por lo que es tiempo de dejar circunloquios inanes que pretenden justificar el lamento de los resentidos, y pensar, ahora sí (mejor-actuar) a partir de aquello que Nietzsche ya había dejado en el aire.

Sin embargo, el resentimiento se presenta con una variedad sorprendente de ropajes, por lo que es preciso mantenerse atento a su embestida, no vaya a ser que nos tome por sorpresa. Aun el propio Nietzsche estuvo seducido por su encanto; si no... ¿cómo explicarnos su incontrolable fascinación por Stirner, el resentido más lúcido que ha tenido la historia del pensamiento moderno? Este ser *único* que llevó a sus últimas consecuencias el desencanto del mundo, proponiendo la existencia de un ser referido a sí mismo y sin ningún tipo de correspondencia con otra cosa. Stirner, el UNICO, el gran onanista; pero también el único moderno que asume su poder masturbatorio sin pretender justificarlo con esas mayúsculas tan necesarias a la modernidad (es decir, Stirner jamás tuvo el mal gusto de creer en las nuevas beaterías llamadas humanidad, democracia, justicia... por citar sólo algunas). Por eso su resentimiento tiene un carácter casi aristocrático, que lo aísla del letal hedor del resentido gregario. En este sentido es que Nietzsche roza con el resentimiento sin llegar a adoptarlo; solamente se acerca lo suficiente para poder hablar de él de manera magistral. Pero ¿qué significa que Stirner sea un onanista? ¿Qué significa, más bien, que todo el mundo moderno adopte la máscara de este personaje bíblico, y cuál es su relación con el resentimiento? Simplemente que el resentido es aquél que no puede exteriorizar su fuerza (y aquí el sentido de fuerza se corresponde con el sentido mismo de la existencia, como índice diferencial de cada ser), revirtiéndola sobre sí mismo. Ni siquiera podemos atribuirle el estatuto de reactivo porque no reacciona; y cuando lo hace es para autoflagelarse. Esto nos lleva a vislumbrar que el resentido es aquél que no puede ver al otro; aquél que es incapaz de tener ningún tipo de diálogo con la alteridad, porque es demasiado violenta para su débil configuración. Este es el sentido del resentimiento onanista: jamás puede obtener placer del otro, porque sólo le causa dolor. Por lo tanto, no tiene otra opción que satisfacerse a sí mismo. Además que eso es lo que la modernidad le ha inoculado hasta la médula de los huesos. Y cuando por fin se aven-

tura a relacionarse con los otros, solamente lo hace para afirmar su eyaculación como autónoma y soberana. El problema es que el alcance de ésta generalmente es parco y corto, lo que provoca una nueva ola de odio sobre la alteridad.

El resentido es un caníbal de su propia impotencia. Esto quiere decir que en realidad sí hace uso de su poder. Sólo que para exteriorizarlo tiene que pasar por un catalizador (su impotencia) que le permite vincularse con la otredad. La gran paradoja del resentimiento es que activa su poder solamente si antes se instala en un periodo prolongado de incubación, que reconfigura sus atributos transmutándolo en una fuerza que ahora sí responde, pero no por el placer que ello implica (por la maravilla de expresar, expulsar el cúmulo de afecciones que conforman la propia vida), sino por la rabia que le provoca precisamente la conciencia de su propia impotencia. Es una bomba de tiempo cuya explosión es silenciosa pero expotencialmente más delictérea que la estrepitosa explosión que cualquier ser activo pueda presentar. Justo éste es el resentido: el único animal que para actuar tiene que devastarse antes a sí mismo. Pero esto produce un poder nunca antes visto... referido a sí mismo, que reflexiona sobre sí, que razona, que comiuta cada uno de sus actos; que, debido a su debilidad, primero tiene que acumular la fuerza suficiente (que en este caso podemos llamar odio) para después arrastrarse y, sin ser visto, arrojarse sobre aquel que lo ofende por el simple hecho de ser fuerte. Entonces sí se regodea en el sufrimiento del otro, pero siempre de manera especular, para poder identificarse y no sentirse aislado. Así llegamos a la gran función social del resentimiento: *nivelarlo todo y a todos*. Podríamos decir que el resentido padece de manera inexorable la diferencia; es decir, padece cualquier tipo de relación con la alteridad. Y la única acción que vislumbra para solucionar esto es acabar con ella, siendo su propia persona el primer ente a exterminar. Después ya pueden seguir todos los demás. Dicho con otras palabras, ahora sí podemos hablar de Sociedad (con el Estado como su gran administrador de impotencias): de un espacio donde todos pactan para dejar de ser poderosos, donde todos, por fin, se visten con el uniforme del resentimiento; y donde el máximo poder radica en no tener poder alguno. Ahora sí, todos somos iguales... todos somos resentidos.

Pero entonces caemos en una aporía insalvable. Curiosamente el resentido necesita del que no es como él para legitimar su impotencia. Finalmente el otro (fuerte, hermoso, poderoso) cumple el papel de posibilidad catártica: sino a quién atribuirle la culpa, todas las culpas. De qué otra forma se podría justificar vivir en la negación de sí mismo y de los otros. Definitivamente el poder es un juego perenne entre estas dos fuerzas, pretender pensar que puede ser de otra forma no es más que un deseo inane.

Espero que esta pequeña digresión por lo menos señale que el poder del resentimiento juega un papel tan importante como el poder del Señorío (para utilizar la terminología de Nietzsche). Que ambos se necesitan (tomando a la necesidad en términos de destino); que juntos conforman las dos mitades del símbolo del poder.

Pero no me malinterpreten, ambos son el símbolo del poder... *de la modernidad*. O realmente pensaban que osaría contravenir los egregios preceptos del gran Nietzsche. Lo único que quiero decir es que la fuerza del resentimiento, en esto que llaman modernidad, es ineludible. Siendo así que toda reflexión que pretenda tener algo de efectividad, no puede dejar de considerarlo como parte inexorable de nuestra conformación. Lo que es muy distinto a pensar que siempre haya sido o tenga que ser. ¡No! Y aquí retomo nuevamente a Nietzsche en lo referente a la imposibilidad de estar fuera de un proceso valorativo. ¡Sí, considero que el resentimiento es el mal a erradicar del mundo! (esto es una valoración más). Que su poder es el más seductor que ha existido, precisamente porque no hay nada más cómodo (tomando en cuenta que vivimos en una sociedad donde el *confort* es el valor máspreciado) que transferir toda la culpa sobre los otros —que de por sí bastante trabajo nos cuesta interiorizar—. La perspectiva del señorío de Nietzsche no está hecha para todos. Implica una carga excesiva de responsabilidad; y como los Dioses ya no están presentes para asumir nuestras culpas, es normal que el resentimiento sea tan apetecible. Pero como ya dije, esto no quiere decir que tengamos que pactar con él; que tengamos que adoptar el gesto de imbecilidad diferida que caracteriza a las hordas de ciudadanos democráticos que conforman nuestras sociedades. Efectivamente, la carga es muy pesada, pero eso es justo lo que sazona la existencia. Por eso es que primero es menester ser un ca-

mello para poder cargar el fardo; pero inmediatamente después metamorfosearnos en leones para así poder proferir el sonoro NO que desactiva la negación del resentido; y, finalmente, transformarnos en niños, afirmando cada instante y disfrutando la violencia y el riesgo que ello implica.

